

Sin Condiciones

Caminó sin prisa, sin saber con seguridad hacia donde se iba a dirigir, solo quería aislarse de su entorno. Se alejó de las casas pequeñas de madera, casi todas de la misma fachada. Unas más destartaladas que otras, todas proyectando los rastros de pobreza de las comunidades olvidadas.

Finalmente sus pasos la llevaron a un lugar donde podía contemplarlo todo. Había llegado a lo alto del tamarindo, un monte que parecía tan olvidado como su comunidad. Buscó un lugar donde sentarse. Una piedra alta y rocosa justo en medio de todo aquel paisaje le sirvió de asiento. Desde allí pudo contemplar su pueblo el cual se le antojó más pequeño que nunca. Contempló los árboles de tamarindos que la rodeaban y que habían alcanzado una altura considerable, ningún brazo humano parecía haberse extendido para cortar tan siquiera alguna rama, las cuales habían crecido descomunamente en todas direcciones exponiendo sus frutos en preciosos racimos que al saborearlos se deshacían en la boca .

La belleza de aquel lugar inundó su ser de una paz que no había experimentado en mucho tiempo; las florecillas silvestres, las mariposas con sus bellísimos colores y tamaños diversos le hicieron olvidar por un momento los problemas cotidianos de su hogar, las garatas de su mamá cada vez que su padre llegaba sin haber vendido los frutos con los que había salido por la mañana, pues aquello significaba escasez y acortar la ración de comida para cada una de las seis bocas que había que alimentar.

Su mamá aprendió a trabajar desde muy pequeña, ni siquiera asistió a la escuela para quedarse en la casa cuidando a sus hermanitos y realizando quehaceres del hogar. Acostumbrada a no ser una carga entendía que parte de sus deberes como mujer casada era ayudar a su esposo en la economía del hogar por lo que realizaba trabajos de limpieza, planchado y lavado de ropa para las familias pudientes del pueblo. Esa vida de trabajo, crianza de los muchachos, unido a la continua falta de las cosas necesarias para por lo menos vivir un poco más holgadamente hacía que luciera siempre cansada, siempre de mal humor.

Recordó aquella ocasión cuando asomada por la ventana vio a su mamá dirigirse hacia la casa por el camino polvoriento. Su figura siempre pequeña ahora parecía más delgada, el cabello suelto, larguísimo le daban un aspecto casi irreal. En sus brazos cargaba la leña que había recogido en el monte para prender el fogón. Sintió el deseo de correr hacia ella, abrazarla, ayudarle con su carga, pero cuando estuvo cerca fue tanta la angustia que observó reflejada en sus ojos que sintió un temor inexplicable. Bajó sus brazos y se limitó a caminar calladamente a su lado acompañándola el resto del camino.

Era la única hembra entre aquellos seis hermanos. En ocasiones llegó a sorprender a su mamá mirándole con ternura, con una media sonrisa en la comisura de los labios para rápidamente cambiar su gesto al verse sorprendida por su mirada, era como si se avergonzara de sus sentimientos de amor o los considerara una debilidad. Muy pocas veces la había visto acariciar a uno de los muchachos, salvo cuando alguno enfermaba, entonces se amanecía con el hijo poniéndole alcoholado, preparándole pociones en la cocina, haciéndole de cuanto remedio ella conocía, pero luego que el muchacho recuperaba retornaba a su vieja actitud.

Con ella siempre había sido diferente. Nunca le pidió demasiado, le insistía en los estudios y la exhortaba a prepararse “para cuando te toque.” Algunos de sus hermanos habían abandonado la escuela prefiriendo irse de limpiabotas, pero su mamá no los presionaba mucho para que terminaran sus estudios, al fin y al cabo una peseta que entrara a la casa era un alivio económico para la familia, por más sencillo que fuese.

Sentada en aquel monte, alejada de la cotidianidad pudo reflexionar sobre muchas cosas. El razonamiento la dejó con un sabor agrisado mientras una mezcla de sentimientos, pesar, gratitud y amor inundó su ser. Hasta ese momento lo único que había pensado era irse, escapar de la pobreza, de sus padres y hermanos, de aquella vecindad que la asfixiaba, de la escasez de todos los días que le causaba un profundo dolor e impotencia.

Lo había planificado todo; al terminar la escuela superior había sido aceptada en la Universidad, aprovecharía para alejarse de la casa y finalmente se iría lejos. Su

sueño de ser pediatra se haría una realidad una vez se alejara del ambiente que tanta molestia le causaba. Meditó en lo que hasta ahora había sido su vida junto a sus padres y hermanos. Sus padres lo habían dado todo por ellos, habían dejado su juventud y energías para echarlos hacia adelante. Fueron muchas las ocasiones en que su mamá se quedó sin comer lo suficiente para que ellos estuvieran bien alimentados, su padre trabajaba de sol a sol buscando en la calle el sustento para su familia, vió a su mamá muchas veces desesperada rogando por medicinas para sus hijos cuando alguno enfermaba y ya los remedios caseros no eran suficientes.

En navidad la escasez era mayor, pero sus padres se las ingeniaban para dejarles algún sencillo regalo, nunca faltaba la tradicional bolsita de dulces, bombones y marrayos debajo de sus camitas, tampoco faltaba la hermosa muñeca de trapo que su mamá cosía a mano para ella. Los cumpleaños eran momentos especiales para celebrar. En esa ocasión todos esperaban con gran expectación el acontecimiento que se había convertido en casi un ritual. El papá siempre se detenía en la tiendita del barrio cuando salía del trabajo para comprar un pequeño bizcocho de cumpleaños. Ese día su mamá preparaba la mejor comida, la favorita de todos, un rico arroz con gallina de las criadas por ella en el patio de la casa y habichuelas coloradas guisadas. Entre todos celebraban el gran acontecimiento con mucha alegría y algarabía.

Nunca se ausentaba por tantas horas sin el permiso de sus padres. Reconoció que había pensado egoístamente. No había sabido apreciar a cabalidad el amor y entrega de sus padres. Sintió la urgencia de regresar pronto a su hogar y emprendió el camino de regreso.

Los vió tan pronto llegó al camino. Allí parados en la puerta de su casita estaban sus padres. Ella con cara de preocupación, él con el ceño fruncido, ambos ansiosos por verla aparecer por algún rincón de la calle.

Se acercó esperando el regaño, pero para su sorpresa, la mamá extendió sus brazos para abrazarla, agradecida de verla sana y salva, mientras la mano de su

padre se posaba firme y tierna sobre su hombro. Mientras los abrazaba tomó una determinación, sí, estudiaría con dedicación y empeño hasta alcanzar su meta, pero esta vez sus padres estarían incluidos en sus planes y en su vida. Anhelaba mostrarles el mismo amor sin condiciones que ellos le habían prodigado.

SRA/2012